

UN CENTÍMETRO DE MAR



© 2011, Kutxa Fundazioa

© 2011, Ignacio Ferrando Pérez

© De la presente edición: 2011, **ALBERDANIA,SL**

Plaza Istillaga, 2, bajo C. 20304 IRUN

Tel.: 943 63 28 14

Fax: 943 63 80 55

astiro@alberdania.net

www.alberdania.net

Portada: Antton Olariaga, a partir de una fotografía de Javier López Otaola y

Ana Ferro Mora

Impreso en Itxaropena, S.A. c/ Araba, 45, 20800 ZARAUTZ

ISBN: 978-84-9868-293-9

Depósito legal: SS. 602/11

LOS PREMIOS LITERARIOS **kutxa** Ciudad de Irún han sido instituidos por **kutxa** con la intención de estimular la creatividad literaria y contribuir a su difusión social.

El certamen se convoca con periodicidad bienal, e incluye las especialidades de Novela y Poesía, tanto en euskara como en castellano. La presente obra ha obtenido el Premio de Novela correspondiente a 2011 según resolución del jurado integrado por: Álvaro Bermejo, José Manuel Costas, María Luisa Echenique, Mitxel Ezquiaga y Raúl Gerra Garrido.

D. ÁLVARO BERMEJO

PORTAVOZ DEL JURADO DE LOS PREMIOS LITERARIOS

KUTXA CIUDAD DE IRÚN 2011

EN LA MODALIDAD DE NOVELA EN CASTELLANO

EL MAR, como el desierto, no es un paisaje. No tiene memoria ni reposo y, sin embargo, su horizonte es lo que más se parece en el mundo físico a nuestra idea de la eternidad. Desde *La Odisea* a *Moby Dick*, o al olvidado *Gran Sol* de Ignacio Aldecoa, todos los grandes relatos que sitúan su peripecia en el océano abordan esta doble lectura. En cuanto que sus protagonistas son hombres de carne y hueso enfrentados a un desafío que les supera, parten de una narración profundamente realista. Pero en cuanto penetran en esa dimensión metaliteraria del Gran Azul, como el mar mismo, que cambia de pelaje a medida que ensancha su horizonte y se abre a la inmensidad, acaban transmutándose en narraciones absoluta y apasionadamente metafísicas.

El capitán Ahab no es sólo un marino obsesionado con dar caza a la mítica ballena blanca. Su singladura es la de hombre atormentado que libra una guerra abierta con Dios y el diablo, mar adentro. Como el del *Nostromo* de Conrad, el suyo constituye por encima de cualquier otra consideración, un viaje al corazón de las tinieblas.

Es de este puerto del que parte la narración de Ignacio Ferrando. Un puerto de la costa cantábrica al que un día arriba un personaje bien misterioso, un alemán del que poco se sabe, salvo que está dispuesto a pagar una suma considerable a quien

le lleve a unas coordenadas muy precisas del Atlántico norte, en busca de un centímetro de mar. Los marinos del *Estige* no saben lo que les espera. Ignoran que han embarcado a bordo a alguien muy parecido al bíblico capitán Ahab, y que su barco acabará conquistando un destino trágico semejante al del legendario *Pecquod*.

Con ese misterio a bordo, y a medida que su singladura gana altura, Ferrando recrea un matizado grupo humano cuya prioridad es sobrevivir enfrentado a la fuerza incontrolable del océano, pero también a todos los fantasmas que dejaron en tierra. Por momentos, los marinos del *Estige* recuerdan a los del *Aril* de Aldecoa. Vidas al límite forjadas en largas horas de soledad, en recuerdos y añoranzas torturantes, en la memoria de las mujeres que les esperan o han dejado de esperarles, en los ahogados que se amarran a su estela abriendo su horizonte a todos los naufragios. El realismo de las descripciones, como la plasticidad misma del relato, trazan un universo donde la única ley parece ser la de la estricta supervivencia. Pero a medida que el relato avanza, como el rumor de un bajo continuo, la descripción realista va abriendo puertas a la locura, a un segundo desafío extremo donde lo esencial ya no es tanto sobrevivir como trascender la muerte misma. Y es aquí, a medida que la novela crece en hondura y ambición, donde aparece esa lectura metafísica que Ferrando lleva todavía más lejos. Hasta los límites de la física subatómica.

El alemán que marca el rumbo del *Estige*, aquel que persigue un centímetro de mar con la misma determinación que Ahab a *Moby Dick*, es un visionario obsesionado con el Principio de Incertidumbre descrito por Werner Heisenberg. Busca encontrar unas coordenadas del tiempo y el espacio donde ambos se vuelven borrosos, de manera que quien lo encuentre pueda regresar al pasado, corregir el futuro, y aun trascender la muerte misma.

Einsten y Heisenberg nos enseñaron que no podemos estar seguros de la realidad que percibimos. Como la paradoja del gato de Schroedinger, una misma cosa puede estar simultáneamente en dos lugares diferentes, o desplazarse en direcciones opuestas. Los tripulantes del *Estige* sucumben a su propio delirio cuando acceden a esta dimensión inestable de la realidad y de sus propias vidas, y, en la misma magnitud, a medida que sucumbimos a su delirante singladura, *Un centímetro de mar*, a través de sus imbornales, nos invita a adentrarnos en esos laberintos del alma humana de los que el mar puede ser su más acabado espejo.

Sé que no debo seguir desvelando la materia de esta historia, pues la función de un prólogo no es otra que poner en situación al lector sin revelar aquello que el autor prefiere que se vaya averiguando a través del curso de su narración, y sólo por boca de sus personajes. Pero, si en esta ocasión me ha correspondido a mí el honor de ejercer como portavoz de este jurado, considero obligado apuntar un dato que traduce nuestro estado de opinión.

Muy pocas veces, en muy contadas ocasiones, los miembros de este tribunal, heterodoxo donde los haya, llegamos a un veredicto unánime que, por lo general, suele demorarse hasta una hora larga de deliberaciones. Sin demérito del resto de las obras presentadas al certamen, algunas de ellas muy notables, *Un centímetro de mar* conquistó nuestra más absoluta unanimidad apenas quince minutos después de que nos sentáramos a la mesa. Todos sin excepción la celebramos como una novela extraordinaria, tanto por su densidad narrativa como por la profundidad de la vida que abarca su incontestable navegación de altura.

Personalmente y por encima de sus excesos o sus carencias, que también las tiene, aposté a su favor porque para mí lo esencial de una obra literaria es su atrevimiento, los riesgos

que asume y los desafíos que plantea. Ignacio Ferrando se ha atrevido a mucho, ha corrido riesgos y nos ha legado, en suma, un desasosegante desafío donde el mar es el enigma que nos abarca y nos interpela a todos. A partir de este punto, ya sólo es a ti, amigo lector, a quien corresponde el privilegio de resolverlo.

San Sebastián, 28 de febrero de 2011



IGNACIO FERRANDO (Trubia, Asturias, 1972). Es profesor asociado en la Escuela Universitaria de Arquitectura Técnica de Madrid. Imparte talleres de Relato y Lectura Crítica y es coordinador del Máster de Narrativa EDE. Es autor de los libros de relatos *Sicilia, invierno* (JdeJ, 2008) y *Ceremonias de interior* (Castalia, 2006, Premio Tiflos de Relato). Su trabajo ha sido incluido en varias antologías y libros colectivos, entre los que destacan: *Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento actual* (Menoscuarto, 2010), *Perturbaciones* (Salto de página, 2009) y *Un nudo en la garganta* (Trama Editorial, 2009). Algunos de sus relatos han sido traducidos al inglés y al alemán. Ha participado en *Chejov Comentado* (Newsky Project, 2010).

Por su trabajo ha recibido importantes premios de narrativa. Destacan, entre otros, el Gabriel Aresti, el Hucha de Oro, el Juan Rulfo, el Ciudad de San Sebastián, el premio de narrativa de la UNED, el NH Vargas Llosa y el Ciudad de Huelva.



UN CENTÍMETRO DE MAR

IGNACIO FERRANDO

~ NOVELA ~

ALBERDANIA

astiro

*Para Nuria y Mateo, que construyeron
el puente para que yo lo cruzara.*

$$\Delta x \cdot \Delta p \geq \frac{\hbar}{2}$$

HEISENBERG, *Principio de incertidumbre*

Pero tiene que estar por ahí cuando lo busco.
Entonces también tiene que estar por ahí
cuando no lo encuentro e incluso cuando no
existe en absoluto.

WITTGENSTEIN, *Investigaciones filosóficas*

“TREINTA MIL MARCOS”, masculla entre dientes, “treinta mil marcos por un centímetro de mar. ¿Cuánto suma eso?”. Méndez, que está a su lado, ni se inmuta. Mira hacia el cantil mientras con el meñique se hurga entre los dientes sarrosos, “viento del noroeste”, le dice, “hay que salir”. Desde la toldilla del puente de mando ambos observan la dársena. Noviembre. 1978. Novecientas noventa y siete millas por delante. Los gabletes de los tejados se alinean paralelos al amarradero. En la lonja no hay rastro de movimiento. Los armadores hacen recuento. El Betina, un arrastrero de bandera polaca, ya ha zarpado. También el Santamaría y el Nereida. El resto de palangreros ya no saldrán. Un centímetro de mar, vuelve a decirse el patrón, es descabellado lo mires por donde lo mires. Comprueba que todo esté en orden sobre la consola, el libro de singladuras, el indicador del aceite, el transmisor, todo. Golpea la esfera y la rosa de los vientos recupera el cuadrante. El costas ya les ha venido a avisar. O salen ya, o no les van a dejar. Berdaitz solo puede pensar en una cosa, en los treinta mil marcos y en el ofrecimiento del alemán la noche anterior. Radio Litoral es un rumor apelonado en la frecuencia modulada. Berdaitz y el contra maestre observan desde el puente a los gemelos que terminan de cargar los bultos, apilándolos sobre el parqué de cubierta. Son cajas de pino. El patrón piensa que dentro cabría perfectamente un hombre, incluso un avión desmantelado. La tapa está claveteada minuciosamente y sobre la brea puede

leerse: *Versamina, Sehr zerbrechlich, Jedwabnych*, “qué diablos”, farfulla Berdaitz, “qué irá ahí dentro”. Carmelo ha terminado de encinchar las cajas de hielo. Los pantalanos apenas se mecen por culpa del dique que construyó la Junta de Obras para el puerto deportivo. “Si repunta la marea”, escucha a Méndez a su lado, “no nos va a esperar; larguemos amarras ya”. A Berdaitz le disgusta reconocerlo pero su contraamaestre tiene razón. Siempre tiene razón, al menos en las cosas del mar. Cuando lleguen al caladero, los mejores sitios ya estarán tomados por los polacos. Pero su viaje, esta vez, es distinto, tiene otras prioridades. El alemán, por ejemplo, los treinta mil marcos, las cajas de pino, la demora, eso ya lo hace distinto. Pero sobre todo no puede dejar de pensar en el dinero: treinta mil marcos por llevar a ese tipejo al mar del Norte, se dice. Son aguas que conoce, a las que se han visto obligados por las restricciones de estos años anteriores. Los caladeros están exhaustos cerca del Box. ¿Dónde se habrá metido? Siguen subiendo cajas y el patrón ya ni lleva la cuenta.

Berdaitz se quita ahora la boina. Se da la vuelta y mira hacia la escarpadura que flanquea las casas del puerto. Sobre el farallón de Roncudo queda el cementerio, que es apenas un borrón de cal en la pared de esquisto. Siempre que mira hacia allá, piensa en su hermano mayor. En Adrián. Quizá son las cajas de pino, quizá es el olor a resina que le ha recordado la tarde en que la patrulla costera trajo sus restos en aquel féretro de madera hinchada. Dentro solo había despojos, huesos que incluso las cailas habían repudiado, una camisa ajironada que bien podría ser la de cualquiera. La tumba del hermano está ahí arriba, da al norte. Cuando sopla poniente no se puede estar allí. A su lado hay otro nicho vacío, cubierto de jaramago amarillo y ortigas. La inscripción, hasta su muerte, es un enfoscado mudo, un bruñido liso de arena de miga. Los compró la madre a la par, cincuenta mil cada uno, con

los ahorros, pensando que lo mejor que podía legarles era un lugar con buenas vistas donde pudrirse muy despacio. Claro que ella no lo pensó. A ninguno de los dos, ni a Julia ni a él, se les pasó por la cabeza que Adrián moriría tan joven. Antes del funeral, aprovechando un descuido, el muchacho que era entonces se había asomado a la cárcava que algún día iba a acoger su propio cuerpo. Desde entonces no había podido olvidar esa penumbra agrisada, helada por dentro, alfombrada por líquenes de color plomo. ¡A qué venía pensar en Adrián ahora!, se dijo, seguro que pensar en muertos les traería mala marea. Berdaitz no era de los más supersticiosos. La mala suerte, como la buena, se busca. Así que volvió a mirar hacia cubierta convencido de que el alemán no llegaría a tiempo. Méndez fumaba. “Loco”, dice pensando en sus palabras, “con treinta mil marcos en el bolsillo uno puede permitirse hasta ese capricho”. El bramido del astillero, el ajetreo de la draga, la ceremonia inacabable de los adioses. ¡Y que luego todo se vaya al diablo!, pensó, sin las deudas los días serán otros días, no más luminosos, pero otros.

Ahora recuerda la noche anterior, cuando conocieron al alemán. Estaban en su casa y habían tenido el mismo sentimiento. El frío aullaba entre las tablas del callejón como una inmensa jabega de viento. La rambla se había encharcado y la luz de las farolas derramaba una sombra amostazada, casi líquida, hacia los imbornales. Estaban los tres en el salón, caldeados, Vecchio, Méndez, y él. Apuraban la última noche. Era un engañarse. Los hombres de mar nunca viven en tierra, decía Méndez, viven entre una partida y la siguiente. En tierra todo es la misma espera hostil. El patrón se había echado la manta por las rodillas. Bebían de la botella, Méndez a gollete, los otros dos en vaso. Justo encima de la estufa de mayólicas, entre el ángulo que formaba el empapelado y el techo pajizo, había una mancha de carbonilla. El aire olía a regaliz, a bagazo,

a tierra quemada, a heno podrido. Cuando se emborrachaba, a Méndez siempre le daba por lo mismo, “ese maldito polaco”, decía, “él y su balsa de piojosos terminarán con toda la pesca del hemisferio norte”. Se refería a Andrzej Morska, patrón del Betina, a los polacos. A diferencia de Berdaitz, él tenía un don, un instinto. Un patrón no es un patrón si no tiene ese instinto o lo que sea. Cuando no había buena captura, Berdaitz lo achacaba a la luna, a las corrientes, a la temperatura, al pescado “que todo lo siente”, les decía. Pero sabía que solo engañaba a los novatos, que las tripulaciones no son tontas y un buen patrón debiera saber dónde hay y cómo encontrarlo. Lo demás son excusas. Nadie lo confesaba, pero todos los patronos seguían la estela del Betina, rastreaban sus balizas en la distancia, les seguían de cerca, escuchaban sus conversaciones para advertir si la captura les estaba siendo favorable. Y cuando los demás llegaban ya solo recogían las mijajas. Andrzej y su caterva arrasaban con el caladero en pocas horas. Lo cierto es que ningún barquito como el Estige podría hacerle sombra. Cincuenta metros de eslora, nada menos. El lunes, después de la última salida, los ánimos estaban por los suelos. Estuvieron fuera dos semanas y regresaron con sesenta cajas. Apenas si habían tenido para pagar el combustible, el cebo y las tasas; y al regresar a la lonja, por si fuera poco, los precios estaban por los suelos y el Betina fondeaba apaciblemente en mitad de la bocana, con las bodegas ya vacías. Berdaitz había tratado de consolar a los suyos, consolar es mucho decir. Les había prometido que en la próxima salida cobrarían lo atrasado y lo que les debía del mes anterior y que las cosas, se lo había prometido otras mil veces, iban a cambiar, van a cambiar, se juró en ese instante. Y la corazonada se había cumplido. La buena suerte. La racha. Sin embargo, ese lunes, el efecto de sus promesas había sido nulo o casi nulo, solo palabras y palabras. Les vio bajar la vista para ocultar el esbozo de derrota, alejarse

en silencio, quedos, como una compañía rendida. Eso era lo peor, pensó el patrón, saber que llegarían a sus aldeas con los petates llenos de ropa sucia y oliendo a ventrecha podrida y que sus esposas o sus madres o sus hijas lo entenderían nada más verles traspasar la cancela. Fantasmas de pies entumecidos, perfectos desconocidos para ellas. No harían preguntas, para qué martirizarles.

Así que, a la partida, los ánimos estaban caldeados esa mañana. Con treinta mil marcos cambiaban las cosas, podría contenerles, vamos si cambiaban. Méndez, como si estuviera molesto por el fin de la mala racha, estaba más insoportable que nunca. No las tenía todas consigo, como si sospechara algo que solo él podía advertir. Ayer, en la casa, casi se había bebido él solo la botella. Eran demasiado viejos incluso para eso. El mar multiplica la edad hasta el triple. A los cuarenta se es centenario, todo un superviviente. Y si la cosa seguía así y llegaban los japoneses, como auguraban los mayores, no les quedaría otra que vivir del subsidio, “sin hacer nada”, dijo Méndez, “eso cómo se hace”. “Sírreme otro vaso”, Vecchio. “Eso es fácil: no pienses demasiado, respira poco, tiende la mano”. Amodorrados por el aguardiente escucharon en la puerta tres golpes secos, rotundos, ridículamente espectrales.

–No seas gafe –decía en ese momento Vecchio–. Podemos alcanzar los doce nudos. Solo hay que hacer los arreglos.

–Ese cascarón está para sardinas, no para merluzas. Si nos alejamos más de quince millas es por temeridad.

–Callaos los dos, ¿lo habéis oído?, han llamado. Voy a ver.

Berdaitz se levantó quejoso, maldiciendo. Los bordes de la ventana se iban escarchando progresivamente hacia el centro. Berdaitz miró a la noche fuera. Una sombra se había detenido en el umbral, a los pies de la pequeña escalinata. Al otro lado de las gabardas, el contorno de un auto esperaba con las luces

apagadas y el motor encendido, el escape humeando en la penumbra. A través de los visillos, Berdaitz no pudo discernir. Solo cuando la claridad rojiza de un mechero estalló donde el copiloto, pudo vislumbrar la silueta. Era una mujer. Esperaba. Una de esas mujeres frágiles de ciudad, de cara delgada, de dedos finísimos. Una pañoleta le aovaba el rostro. Fue la primera vez que vio a la hermana del alemán; claro que, por entonces, no le pareció hermosa ni podía saber quién era. La luz del mechero volvió a parpadear y regresó la oscuridad a la calle, apenas mancillada por el rescoldo del tabaco. El patrón del Estige se llegó hasta la puerta quejándose de la rodilla, esta vez de la izquierda. Preguntó al otro lado, antes de abrir.

—Vengo a ofrecerle un trato —dijo la voz del hombre—, me mandan de la cofradía.

Le pareció distinguir un acento marcadamente nasalizado. Berdaitz abrió. Hacía años que había dejado de temer a los desconocidos. Dio un paso adelante. La línea del dintel iluminó un semblante hirsuto. Su tez, ligeramente levantina, le confería una cierta rudeza. Sin embargo, su forma de vestir, el traje de lino abombachado, el corbatín, los guantes de cuero gris, delataban otro origen. Para llegar hasta la escalera había pisoteado las gerberas. Sus botines estaban cubiertos de glebas de barro. “¿Puedo pasar?”, preguntó quitándose los guantes. Al principio pensó que podía tratarse de otro proveedor, que O’Henry se lo había mandado para vengarse. Pero lo descartó casi de inmediato. Los dos entraron a resguardo. El viento quedó aullando fuera, inclinado. El alemán dejaba un lamido de agua sucia en el parque de tea y las suelas crujían como si fueran de cartón engomado.

—Dijeron que podría encontrarle aquí —añadió.

Berdaitz se dio la vuelta y caminó hacia el salón, invitándole con su silencio. Los otros también le escucharon venir, “vaya noche de perros”, escuchó a sus espaldas, “no

he visto nunca un temporal así”. Al llegar al salón, por algún motivo, el alemán no debía de esperar que Berdaitz tuviera visita. Superada la primera sorpresa, se plantó en el centro del salón. Sus pantalones chorreaban y un pequeño charquito empezaba a avanzar desde la puntera de sus botines hacia la chimenea.

–Mejor hablamos en privado –pidió él.

–Le escucho –respondió Berdaitz–. Le escuchamos –casi desafiante–. Somos familia.

Los otros dos se miraron.

–Boberías las justas –terció Méndez.

El extranjero pareció pensárselo antes de seguir.

–Necesito ir a un lugar. Solo quiero que me lleve. Que me lleven –puntualizó.

Todo parecía demasiado lógico. Que continuara. Nadie replicó.

–Básicamente se trata de eso.

–¿Básicamente? –preguntó Méndez.

–Son unas coordenadas.

–Coja un barquito de turistas, le saldrá más barato.

–¿Y qué hay en esas coordenadas? –quiso saber el genovés.

–Nada.

–Como que nada.

–Para ustedes, de momento, nada.

–¿Cree que somos idiotas? –Méndez se había repantingado en la mecedora y al incorporarse los arcos crujieron estrepitosamente. Se dirigió ahora a Berdaitz.

–Este tipo cree que somos idiotas.

No era la primera vez que el patrón recibía aquel tipo de ofrecimientos. Venían de traficantes de tabaco, de alcohol, incluso de mujeres que traían de Colombia o de Bulgaria. Pactaban para acercar sus “fardos” desde aguas internacionales

hasta Ceveiro. Era arriesgado. La patrulla costera solía estar al corriente. Donde hay hambre, abundan los soplones. Hace cinco años alguien había dado el chivatazo y su tío Nazaire había acabado en Bonxe. Fue entonces cuando él se convirtió en el patrón del Estige, mucho más por fuerza que por vocación. En otro tiempo, jamás le hubiera escuchado. Pero pensó en el armador, en la tripulación, en la última salida. Su tío había sido un estúpido. Le llamaban el Trompa. Por escuchar, tampoco hacía mal a nadie.

–Por favor, Méndez, deja que se explique.

–Un centímetro de mar –dijo–. Me llamo Köhler y solo quiero llegar a ese sitio.

–¿Un centímetro de mar? –se mofó Méndez.

–Un centímetro.

–¿Y por qué ese y no otro? –intervino Vecchio.

–Entre los paralelos 58 y 60, en el mar del Norte. Por ahora, me temo que es imprescindible esta vaguedad.

–Hay unas ciento veinte millas entre esos paralelos –calculó Berdaitz–, ¿se da cuenta?

–Por eso necesito un barco como el suyo.

–¿El Estige?

–Capaz de navegar en esas aguas.

–Creo que se equivoca –dijo Méndez.

–Muchos centímetros de mar son esos, ¿no cree?

–Si firmamos le daré los detalles. Mañana mismo. Primero necesito saber su disposición. A cambio les pagaré treinta mil marcos.

Se hizo el silencio. Ninguno sabía el importe exacto pero todos lo suponían mucho dinero. Ese era el trato.

–¿Así de fácil?

Köhler no esperó su respuesta, no esperó ninguna respuesta, estaba insultantemente convencido de que accedería. Hurgó en el interior del blazer y extrajo un fajo encinchado

de billetes nuevos. Los contó delante de él, uno a uno, sin miedo a ofenderles.

–Les anticipo la mitad ahora; la otra cuando lleguemos.

Ya nadie paga en billetes. Impresiona, pero hasta en la lonja dicen que no es legal.

–Algo más habrá –increpó Berdaitz.

–Solo una fecha, trece de noviembre. Esa es la fecha límite, la una treinta de la madrugada –miró su reloj–, la una treinta y dos, para ser exactos. Esa es la otra condición. No solo llegar, sino hacerlo en plazo, en el segundo preciso. Eso es todo. Les pagaré los otros quince mil si llegamos a tiempo.

–Los gastos son los mismos.

–Pero no la motivación –saturizó.

–¿Y cómo lo vamos a reconocer? Quiero decir, ese centímetro, ¿en qué se diferencia del resto?

El vasco no iba a renunciar a su ironía.

–Simplemente es idéntico.

–¿Entonces?

–Entonces, ¿qué?

–Antes habló del paralelo 58.

–¿Lo harán o no?

–Solo una cosa más.

–No responderé a más preguntas hasta que sepa a qué atenerme.

–¿Quién le habló de nosotros?

–Si accede, mañana se lo digo.

Berdaitz calculó, miró los billetes. Sabía que era inevitable, que solo ganaba tiempo para jugar con un mínimo de ventaja en la negociación. El alemán arrugó los billetes, como tentado de retirarlos.

Vecchio intervino; algo inusual.

–Podemos alcanzar los doce nudos, patrón –increpó dirigiéndose a Berdaitz–. Lo conseguiremos sin demasiados

problemas. Solo habría que cambiar el cigüeñal, con los años el par motor ha cogido vicios, solo eso. Si no quieres que el Estige acabe en la draga habrá que hacerlo. Es una inversión. Tales me ayudará, es buen engrasador.

–¿No lo has oído, calabrés? –intervino Méndez–. Ha dicho antes del día trece...

–No discutáis –atajó Berdaitz–. Compra las piezas donde Turquin. Haremos los arreglos sobre la marcha. Llama ahora mismo, aún estarán en la tahona, él te dirá.

–Sabes que puedo hacerlo –dijo dirigiéndose a Berdaitz.

–Si alguien puede, eres tú.

–No me puedo creer lo que oigo –añadió Méndez–. Habéis perdido la chaveta.

Revolvía el pelo de la alfombra con el pie, riendo por lo bajo, incrédulo. Las pavesas de la estufa chasqueaban en el interior desprendiendo miríadas. La turba estaba verde. El patrón pensó que ya hablaría con Sabino, ese loro, se dijo, no vuelvo a encargarle ni mixtos.

–Podríamos atajar –añadió Vecchio– si vamos por la Mesnada.

–¡Italiano chiflado! –Estalló–¿No has pensado que estamos en noviembre?

–Esquivaríamos el barco de Andrzej.

–Nadie va por allí.

–Solo son supersticiones. Al mar hay que respetarlo. Lo demás son estupideces. Aprovecharemos la deriva. Otras veces ya lo hemos hecho.

–Nos helaremos.

–Ya está bien, Méndez.

Helmuth Köhler les observaba de pie, diríase que dudando de si eran o no los marinos adecuados. Berdaitz se levantó y fue a coger los billetes, temiendo que pudiera retractarse. Fue

entonces cuando el alemán extrajo del bolsillo aquel papel y se lo tendió. Leyó sin entender. *Der Unterzeichnete erhaltet...*, qué era aquello, no había letra pequeña, ni cláusulas, *einen Zentimeter von Meer*.

El viento se enredaba en la caperuza de la chimenea y bajaba por el conducto de latón crispando con su arrullo.

–Comprenderá que deba cubrirme las espaldas.

–No entiendo ni letra.

Ante un juez, pensó Berdaitz, a qué podía obligarles eso, un legajo en alemán que hubiera podido firmar cualquiera. Era descabellado. Y si había algo sucio detrás, como empezaba a creer, sería impensable que reclamara sus derechos. Firmó convencido de que, en caso de litigio, impugnarlo sería pan comido. El otro dobló el papel y ni siquiera le entregó una copia. Tenía testigos. Quizá aquel turista, como casi todos los turistas, pensaba que los del pueblo eran carnaza para el mar. Solo eso. Cada verano invadían la costa con sus coches metalizados y sus mujeres, se fotografiaban en la escollera. Era fácil odiarles por eso. Köhler recogió el papel y lo dobló en cuatro. Apartó dos o tres billetes y se los entregó a Vecchio, sumándolos a los otros.

–Debo marcharme –terció el alemán–. Me esperan fuera. Es una noche terrible.

Berdaitz recordó la silueta de la mujer en el asiento del copiloto.

–A las ocho en el muelle –increpó–. Y no se retrase.

–Les mandaré la carga antes. Vayan subiéndola. No se moleste, conozco el camino.

–Le acompaño aun así.

Berdaitz y él fueron hasta la entrada. La puerta se abrió y una corriente de aire que subía por la rambla agitó los visillos, escarchándolo todo por dentro. El coche seguía fuera, la mujer no había acabado de fumar o había encendido otro pitillo.

–Espero que no sea peligroso –añadió.

Las palabras quedaron mecidas, sin sostén.

–*Wie?* –preguntó el alemán.

–Lo que tenemos que llevar, espero que no sea peligroso.

Köhler pareció comprender su inquietud. Mostró aquella sonrisa fluorada, ligeramente enigmática.

–No hay truco, *Freund*. Tiene mi palabra –dijo tendiéndole la mano.

También era zurdo. Méndez era diestro. Vecchio era diestro. Solo él, y ahora el alemán, eran zurdos.

–En las cajas solo va instrumental.

No terminó la frase. La mujer del coche tocó el claxon y él se alejó, respetando esta vez los arriates. Entró en el auto y el motor rugió. Las luces se encendieron. Avanzaron hacia el recodo de la Xunqueira y fue entonces cuando la mujer le miró a través de las sombras del interior. Fue algo persistente, como dos mundos colisionando a través de la misma membrana en el mismo segundo. La hermana del alemán le mantuvo la visual. Para hacerlo fue girando paulatinamente la cabeza. Con los dedos golpeó la parte baja del cristal, ¿qué trataba de decirle? ¿O acaso solo había sido su imaginación? La mujer volvió a mirar hacia delante. Eso fue todo, quizá nada.

Al regresar donde los otros, se sentía exultante, como si los alfileres de su rodilla hubieran desaparecido. La manta de felpa había caído al suelo, arrebujada como una mortaja junto a la chimenea. Llenó los vasos, esta vez los tres. El aguardiente pringó el hule.

–Por la travesía –brindó con entusiasmo.

–Por la travesía –respondió Vecchio.

Méndez refunfuñó; ni siquiera levantó el vaso.